

CULTURAS Y CIVILIZACIONES

En un tema como el nuestro, dirigido a investigar cómo se configuran las culturas y las civilizaciones en su constitución y desarrollo, si en la espontaneidad o por la adaptación, hay que sentar premisas y precisiones. Damos por sabido lo que son cultura y civilización; cultura—para nosotros—significa el conjunto de los modos de vida de un grupo humano, haciendo abstracción de todo sistema de valores; civilización, a su vez, indica formas de vida asociada que permitan propiamente la realización de los valores. Evidentemente, en uno y otro caso, el grupo está condicionado por valores, solamente que en cuanto al estudio de las culturas se prescinde de ellos, mientras en el de las civilizaciones se les hace explícitos, en tanto los asumen para promoverlos y realizarlos. Ambas, cultura y civilización, son formaciones históricas, y así aparecen, aun excediendo la posibilidad de una profunda investigación en esta materia.

Ciertamente, cultura y civilización coexisten; lo podemos constatar en el presente, como sabemos, a través de documentos o monumentos que fueron, en el pasado, juntamente, expresiones de vida y de humanidad. Por otra parte se modifican sucesivamente en el tiempo, asumen formas y aspectos diversos, se desenvuelven. “Nosotros vemos—escribe Toynbee—repetirse la historia, en el sentido de que produce un cierto número de ejemplares, más o menos contemporáneos, del mismo tipo de sociedad humana, alcanzado a través de desarrollos análogos”. El problema es si la cultura y civilización nacen, inconfundibles en sus rasgos, de la espontaneidad o si más bien las caracteriza la adaptación recíproca. La historia presenta las culturas y civilizaciones en su espontaneidad o, a veces, perdiendo bastante pronto las características propias. ¿Es su regla la mutua adaptación? Espontaneidad, propiamente, quiere decir originalidad en el sentido de que son espontáneas la cultura o la civilización, que responden a un principio o valor propio, lo mantienen, lo refuerzan, proponiéndose una finalidad “telos” correspondiente y absorbente. En este sen-

tido una civilización es original siendo espontánea, pero lo es en cuanto no se contamina, rechazando decididamente contactos e influencias. Donde las relaciones e influjos tienen lugar—y se trata de ver su modo y medida—, la adaptación termina con la espontaneidad, las culturas y las civilizaciones pierden con la originalidad su carácter específico.

El tema señalado es por ello central en toda filosofía de la historia que trate de entender el secreto del hombre y de sus vicisitudes en el mundo. El hombre genera sus propias condiciones y construye sobre ellas sus modos de vida. ¿Los construye recurriendo a principios originarios y a valores específicos, de tal modo que sean éstos y no otros; los propios de un grupo y no los de otro? ¿O, por el contrario, recibe de otros grupos principios y valores que asimila y transforma? ¿Los grupos humanos son *mónadas* sin ventanas, teniendo a lo sumo un contacto fuera y más allá de la historia, de esencia metafísica, o todavía existen las ventanas, los medios de comunicación? He aquí cómo el tema antropológico e histórico llega a ser especulativo y filosófico. La filosofía debe captar el secreto de la vida de los hombres y los grupos humanos, esclarecer si hace referencia a principios y valores específicos o si diversamente la comunicación proporciona los principios y valores por la adaptación.

Dados los problemas señalados, definidos sus términos, conviene tener presente algunas precauciones; proponer, en definitiva, una sola y gran cautela. Hay que guardarse del egocentrismo. Es egocéntrica toda actitud nuestra, especulativa o práctica, que reivindica para sí la originalidad del principio o del valor y que piensa que tal originalidad es exclusiva del grupo de que somos parte, de nuestra cultura y de nuestra civilización. Siempre que no se admita que otros grupos, culturas y civilizaciones puedan ser tan originales como el nuestro y poseer principios o valores distintos, pero igualmente fecundos, hay autocentrismo; la posición menos crítica e inferior que puede adoptarse.

Esta actitud de exclusivismo y por consiguiente de repulsa (se hace excluyente el principio o valor del grupo, se rechaza todo otro principio o valor de cualquier otro grupo) se ha estudiado sobre todo en su aspecto político. Vico ha hablado de “vanidad de las naciones”, pero es propio del grupo siempre que piense o mantenga que los otros grupos son diversos e inferiores, precisamente por no tener aquélla cultura y civilización de la que son los solos detentadores y que los eleva sobre los demás. Implícitamente, se exalta un principio o valor, objeto de aprehensión emotiva e irreflexiva, al cual se

presta un culto mítico, inspirándose celosamente en él la cultura y la civilización y encontrando el grupo configuración y guía en el mismo.

Los ejemplos no faltan, más bien abundan. ¿Cómo no recordar el tenaz desdén de los griegos hacia los bárbaros, hacia todos los extranjeros así considerados? ¿Cómo no recordar el cuidado con que los hebreos se diferenciaron de los cristianos, y los musulmanes de los hebreos y de los cristianos? Cada grupo piensa ser poseedor de algo que lo distingue, preservándolo de contaminaciones, según la idea natural o religiosa de que se trate. No es distinta la actitud de cuantos pueblos se consideran investidos de una particular misión, divina e histórica, para garantizar ciertos valores absolutos al género humano. Propios del pueblo elegido y por él animados, sólo más adelante llegarán a ser patrimonio de todos. Así la Santa Rusia se sintió y proclamó heredera de Bizancio, la tercera Roma, salvadora ortodoxa del cristianismo. De igual modo Alemania se creía defensora de toda Europa y de su profundo destino de elección. Italia, en el "güelfismo" del siglo pasado pensó ser intérprete del cristianismo, adaptando el sistema papal a los tiempos modernos. El fenómeno comunista nos ofrece hoy día el ejemplo del proletariado, estimado como la clase que ha de suprimir las diferencias sociales y de la U.R.S.S. como pueblo guía en el camino del orden definitivo. Todo mesianismo político y social está, por consiguiente, ligado al exclusivismo, siendo éste expresión de egocentrismo, como el fenómeno más general de los grupos humanos, las culturas y las civilizaciones.

Todos ellos, sobre todo en las fases primitivas, tienden fatalmente a hacerse autónomos y, precisamente porque buscan un principio o valor propio que los rijan, se cierran en sí mismos. Es lo normal. Por eso constituyen sus propios mitos, los configuran en su ambiente y los proyectan en el tiempo. Los principios o valores de que hemos hecho referencia no son reflexivos, sino vividos; es decir, aprehendidos en la vida y solicitados por el sentimiento. La fantasía y la religión operan aquí mucho más que la razón o el intelecto. Por eso se adora a los antepasados, se imaginan semidioses o dioses, se construyen altares familiares, se cantan gestas de héroes y, con ello, se produce el aislamiento; exaltando el privilegio de un grupo, de una estirpe y de su modo de vivir propio y específico. Los otros quedan al margen, ignorados, y no son partícipes del principio y del valor por el que se define el grupo.

Repetimos que, en los orígenes, este fenómeno de egocentrismo y exclusivismo del grupo, es general y normal, pues sólo de tal modo

existe y se gobierna el grupo. Sólo se conserva y permanece definiéndose exclusiva y egocéntricamente, apelando a un *quid propium*, a un principio o valor originario. Nada puede oponerse al grupo, ni aun en el interior, en cuanto el individuo se incluye en él como partícipe de la costumbre. Si vemos lo que fundamenta el grupo, encontramos un contexto práctico o costumbre colectivamente vivido, según motivos no bien discriminados, religiosos y éticos, jurídicos y hasta higiénicos, de tal modo vinculantes, que el individuo no tiene ciertamente razón de ser. Intuitivamente, por no decir instintivamente, vé en el grupo la única expresión válida de la vida, vive indistintamente con el grupo, siendo un todo con él. Se ha dicho que en el mito se resuelve coextensivamente la realidad, la cual es vivida más que conocida, y que falta toda contraposición entre sujeto y objeto; mejor diremos que la sola realidad concreta y vivida es el grupo, autocéntrico y exclusivo. El grupo engloba y disuelve al hombre, sin que éste llegue a advertir su individualidad.

Examinando las cosas desde el punto de vista especulativo, nos preguntamos qué actividad del espíritu se revela actuante en el fondo del fenómeno. Si el mito es aprehensión vivida de la realidad, si a través de él y de los medios mágicos, propios de toda cultura primitiva, la realidad se hace término de posesión concreta, siendo, por fin, el hombre un todo con ello, si el grupo no es sino un aspecto de la realidad que lo comprende, está claro que sólo una actividad primaria y originaria como es la intuición permite la construcción solidaria de un complejo presente y viviente como el evocado. Las sucesivas ecuaciones: mito-realidad, magia-realidad, grupo-realidad llevan consigo una penetración efectiva y concreta de un conjunto en una actividad espiritual y específica que—no siendo instinto, porque se eleva y se diferencia de éste—no puede ser más que la intuición. Sólo la penetrante intuición es el instrumento adecuado de la realidad como se configura en la mentalidad primitiva, siendo a la vez mito y magia, costumbre y grupo.

La intuición, en su inmediatez, es aprehensión respecto a la realidad cósmica y absorción en cuanto al grupo, total y global; abraza todos los aspectos y formas de la vida, de las cosas y los hombres, los seres naturales y los sobrenaturales; desciende en una colectividad regida por la costumbre, que se cierra en sí, en su principio y su valor. Más allá no hay nada que rija y valga, ni en el exterior (otros grupos) ni en el interior (esfera del individuo o del sujeto como tal). En el mito y en la magia, vivida y practicada, el grupo se coloca fuera del

tiempo, se configura como única entidad en el espacio ilimitado, terreno y celestial, en exclusiva adoración de sí y de su vida.

La situación descrita por nosotros la encontramos todavía hoy entre los pueblos primitivos contemporáneos, pero bien podemos atribuirlos a los originarios. La inducción se funda en la premisa de que los primitivos de hoy son semejantes a los del pasado. En otras palabras, podemos reconstruir las fases pasadas de la evolución del género humano a través de los testimonios actuales. Ciertamente no deben faltar precauciones, pero en líneas generales y presuntivamente podemos pensar que las formas primitivas de hoy renuevan las de ayer y que éstas fueron las mismas aproximadamente de las que ahora aparecen. Los primitivos no han desaparecido de tal modo que no permanezcan atestiguados y documentados en la época contemporánea.

Sin embargo, la situación indicada es ciertamente el límite. No sólo el grupo encuentra otros grupos, sino que en el ámbito del grupo mismo, lenta y gradualmente, se definen las individualidades, necesidades y fines particulares, las esferas subjetivas, de modo que al final y a través de un largo proceso, nacen nuevas situaciones, de recíproca solicitud y mutuo intercambio. Los grupos, ya definidos, de modo que cada uno ha adquirido su precisa fisonomía y características no menos específicas, entran en relación, se buscan y se integran. Es la fase en que empieza el comercio, y no se trata solamente de entrar en posesión de bienes materiales, apreciando los bienes de otro, sino de conseguir los beneficios de la cultura y la civilización, cómo y donde quiera adquiridos, obteniéndolos y gozándolos en reciprocidad. La historia empieza de este modo, en cuanto el primitivo es liberado de sus aspectos míticos, de la mística adopción religiosa de la vida y la realidad, de la intuición originaria del grupo.

Encontramos fenómenos desconocidos a la mentalidad estrictamente primitiva. Por ejemplo (y estamos en una era más propiamente histórica), la ciencia de las aguas y de las obras hidráulicas y aun los cálculos agrónomos pasan desde Egipto a Grecia; los conocimientos médicos del Oriente llegan también a Grecia. Los descubrimientos de la ciencia y del arte trascienden desde Grecia a la cuenca del mediterráneo, a los pueblos aborígenes, proporcionando las conquistas y ventajas de la vida. Pero sobre todo son las instituciones y las normas las que de un grupo pasan a otro. Aunque Roma no mandó propiamente embajadas al Atica para adquirir las tablas de sus leyes, tuvo presentes modelos normativos, iniciando su experiencia jurídica. Y después todo el derecho romano fue una continua participación de bienes

culturales con otros pueblos, a la vez que los contactos externos se multiplicaban y siempre más gentes entraban a formar parte del Imperio. Las culturas y las civilizaciones, precisamente en cuanto ya estaban definidas, se entrecruzan con vínculos continuados y duraderos.

La filosofía de la historia trata de captar el secreto de este intercambio y hace teoría la unidad del espíritu. Precisamente porque la mente es una, son posibles diversas manifestaciones de aquel único espíritu, y por consiguiente recíproco comercio. Tal era la opinión de Vico; ¿pero no dice que, a su vez, el espíritu se hace uno por medio de un cambio que lo lleva desde formas sensuales e imaginativas a formas reflexivas y conceptuales, afinándose en consecuencia los medios e instrumentos? De modo que se trata propiamente de ver cuáles son aquellos de que dispone, sustanciándose, en fin, la espiritualidad de los mismos.

No de otro modo Hegel habla de la idea que, pasando de momento en momento, rige la naturaleza y sostiene el espíritu. La historia no es sino vicisitudes de grupos o de naciones, tales que una siempre supera a las otras y triunfa de ellas, portadora de la idea a través de individuos excepcionales. La idea se realiza precisamente en la competición y el éxito. Por eso hay pueblos gregarios y pueblos imperiales, siendo el imperio el signo de elección. El espíritu, como la idea, no sopla indiferente doquiera, antes bien, de tiempo en tiempo escoge y concede su privilegio.

Nos parece que, en definitiva, si en Vico hay todavía hipóstasis, en cuanto la diversidad de las culturas y de las civilizaciones se refiere a una presunta mente, en Hegel se admite, es cierto, la variedad y la diversidad, pero se busca después el áureo hilo de las diferencias en la idea más afirmada que demostrada. El espíritu como idea en Hegel, la mente de Vico, son el secreto de la historia, pero el secreto a su vez es lo que tiene necesidad de explicación.

Lo que, sobre todo, refutamos, es la conclusión hegeliana. Hegel exclusiviza en la sucesión los momentos privilegiados de la historia: Grecia, Roma, Prusia; y así procede a través de inmensas supresiones. Lo que no sobresale es silencioso; lo que no entra en el cuadro es llamado negativo o inmaturo, y en vano se esfuerza en ser oído. De ello se sigue que el exclusivismo ya mencionado, propio de la mentalidad primitiva, el autocentrismo—de que se ha hablado—retorna sobre el plano de la razón explicada, se refuerza con la lógica de la idea; que la idea es sustancia, no de *las* culturas y las civilizaciones, sino, en definitiva, de *una* cultura y de *una* civilización. El que las culturas y

civilizaciones americanas, precolombinas, hayan sido omitidas por el gran filósofo, es un ejemplo clamoroso e impresionante de arbitrio especulativo.

El problema ha de plantearse diversamente, como lo hicieron concordemente otros autores. Los citamos eligiéndolos lejanos en el tiempo, pertenecientes a diversos ambientes, y precisamente por ello no susceptibles de ser acusados de parcialidad: Ibn Jaldun, Gumplowicz, Toynbee y Mosca. Las culturas y civilizaciones son diversas; se trata de descubrir cómo algunas sobresalen y resisten, cómo otras decaen y desaparecen. Hay todavía en la variedad algo que sostiene la evolución, pero esto no privilegia a ninguna. Por eso no se da la alternativa de una situación imperial y de correlativa sumisión, sino el empeño vivo y sufrido, común y general, de las culturas y de las civilizaciones, diferenciándose en el medio ambiente y, a través de encuentros y guerras, superando situaciones que cada vez se ofrecen, que son cambiantes y otras tantas pruebas de capacidad y resistencia. ¿No es la misma guerra—como puso de relieve Cattaneo—ocasión para los pueblos de salir del aislamiento, conocerse y relacionarse posteriormente? Lo que queda destruído con las consideraciones hechas es la idea egocéntrica del grupo, originario en la espontaneidad de su ser, portador exclusivo de un principio o valor, que expresa en su cultura y triunfa con su civilización.

Sólo de tal modo podemos explicarnos la trama compleja y varía de la historia, la cual, ciertamente, constata en los grupos espontaneidad de iniciativas, originalidad de motivos respecto a la vida y al mundo, pero no les circunscribe, no les encierra; antes bien, tanto les ilumina respecto a este o aquel grupo, como súbitamente les somete a la prueba de los contactos que tienen lugar en las relaciones que sin cesar provoca. ¿Cómo negar que la religión ha sido la vocación de los hebreos, el comercio la de los fenicios, el arte la inspiración central de los griegos y el derecho el alma de los romanos? Pero el universalismo religioso de los primeros bien pudo inspirar, con el cristianismo naciente, todos los pueblos del Mediterráneo y luego de Europa, adoptando modos y tonos ecuménicos, como la *ratio* jurídica de los últimos llegar a ser principio de organización de un mundo propio verdadero. Diciendo esto no desmentimos la función vinculante del comercio o la comunicativa del arte, a través de pueblos particularmente dotados: muy frecuentemente las naves y las colonias han sido portadoras de mercancías preciosas y de documentos de belleza desinteresada.

La historia aparece, pues, con el signo de las más amplias comunicaciones, en el sentido de participación y recepción, por consiguiente: adaptación. Todas las ocasiones son oportunas, los medios buenos y los trámites válidos, surgiendo lo nuevo y lo original frecuentemente de las reuniones mejor que de las elaboraciones solitarias y singulares. Las invasiones de los bárbaros, que conmovieron al mundo romano, cuando éste entró en crisis y no tuvo fuerza para contenerlas, tuvieron el efecto benéfico de dar nuevo impulso vital a las tranquilas gentes latinas que luego reedificaron las ciudades y, dirigidos por sus obispos, levantaron las más solemnes catedrales, instituyeron las universidades con el modelo de Bolonia y París, expresaron una civilización verdaderamente original y nueva. Una mezcla de pueblos, un nuevo arreglo de vida, no es solamente una cultura típica, cuanto más una civilización naciente; antes bien, una era del género humano.

No de otro modo el Renacimiento aparece tal que no se limita a Italia; se extiende más allá de los Alpes llevando la inspiración de una autonomía recobrada y matizándose diversamente por todas partes. Su expresión suprema es el arte, si bien no sea menor la aportación especulativa y jurídica, ni inferior su capacidad para las actividades y ordenamientos políticos, hasta que aparece el Estado moderno, pero él mismo es obra de arte, por usar la feliz expresión de Burckhardt.

Podrían multiplicarse los ejemplos, y ciertamente parece más eficaz el del Japón, que tiene un modo de vida propio, pero sucesivamente recibe culturas y civilizaciones diversas; la china, la india y la occidental. Siempre se adapta a ellos, o mejor las adapta a sí, obteniendo un inconfundible resultado de belleza y utilidad. No pensamos que el encuentro de los españoles y los pueblos indígenas de América haya sido menos fructífero, porque lo que ha surgido de él no se extinguió, sino que tiende a tomar configuraciones que resultarán más valiosas con el tiempo.

Se trata ahora de examinar si el proceso descrito, ciertamente en el signo de la espiritualidad, se confía a una actividad particular. Alguno ha insinuado que comienza desde que Grecia elaboró la categoría intelectual, el concepto universal y adecuó a éste las cosas y sus aspectos. Por consiguiente, no más un ser emergente e inmediatamente captado, coextensivo con la vida y su horizonte; el ser verdaderamente existente, sino el ser concebido y por eso representado. Heidegger ha pensado que el destino de Occidente dejó atrás la frescura de una vida plenamente participada, en la poesía y el lenguaje, y se dirigió por los

caminos más productivos, pero también más abstractos, de la ciencia y las técnicas. Y precisamente sobre la ciencia y sobre las técnicas se insiste hoy para caracterizar nuestras sociedades, antes bien, nuestra sociedad, porque ella, con el signo del pensamiento abstracto y conceptual, en el recinto de la ciencia y las técnicas, adopta formas cada vez más uniformes y convencionales, un aspecto siempre más uniforme y semejante. Se diría que, como la filosofía, entendida gnoseológicamente, meramente representativa, igual e incolora, la ciencia y las técnicas llegan a un resultado que es el mismo por doquier, en la formalidad general y abstracta de las fórmulas y deducciones, con el mismo lenguaje impersonal y objetivo.

Contra estos resultados no faltan hoy las protestas, expresadas por los grupos más pobres. Los que quedaron atrás en la competición suscitada por las ciencias y técnicas, sufren del empobrecimiento a que están ligados e ignoran el bienestar que produce la industrialización; como por reacción buscan, en un retorno a lo primitivo y originario, los valores perdidos, la espontaneidad que fue y ya no se encuentra. Demos fin, dicen, a la función especulativa, abstracta o formal, y busquemos la inmediatez de la vida, las fuentes intactas y naturales de la realidad. Pero, nos preguntamos a nuestra vez: ¿Es posible el retorno? ¿Es posible devolver al hombre el paraíso perdido; un mundo plena e inmediatamente real, con el cual unos unamos, penetrándolo místicamente con los poderes mágicos que fueron nuestros?

Rousseau está en los inicios de este tema y con él el llamado siglo de las luces, toda una generación que consideraba a la razón capaz de regir y guiar los pueblos, volvió a pensar y tuvo por modelo el "buen salvaje"; anheló reconstituir la primigenia solidaridad del grupo inocente, siendo el Estado, directamente, el bien a recuperar. Sino que precisamente el autor del "Emilio" disolvió el tema de la moral y la religión naturales, igual que el del estado de naturaleza y proclamó que así como no está permitido a un hombre viejo volverse joven, tampoco los grupos humanos recobrarán los caracteres perdidos. Lo único posible es buscar sucedáneos y elegir sustitutivos en la situación irreversible en que nos encontramos.

Las dos posiciones están representadas hoy especulativamente. No faltan los que hablan de hacerse jóvenes, de recuperar la condición originaria, de recobrar las fuerzas vitales en una renovada *erlebnis*, volviendo a encontrar en el mito la naturaleza intacta y dominándola con la evocación mágica. De modo distinto piensan otros; que sólo podemos recorrer el camino de la naturaleza controlada, desde su inconcuso

vértice; que la razón es la única medida posible para afrontar la vida, el único criterio con que el mundo se somete a nuestro intento: el mito es un encanto desvanecido, la magia un medio perdido, estando necesariamente, para nuestros ojos modernos, desencantadas las cosas y sin genuino contacto los hombres.

Pero, digámoslo francamente, conviene ser menos extremistas. La verdad es que todas las posiciones descritas se encuentran en el límite; sea aquella de la mentalidad primitiva, toda espontaneidad, completamente original y penetrante, o sea la de madura historicidad que confía en la ciencia y en la técnica, con sus fórmulas convenidas y deducciones generales. No existe, de una parte, la intuición inmediata que irremediablemente repugna al concepto, y de otra, la razón meramente conceptual y abstracta que no se encuentra en la vida vivida y en la espontaneidad de los contactos humanos. La espiritualidad está en estos dos polos y procede de su contacto; existe, ciertamente, en su correlativa tensión, pero también en su respectiva implicación; antes bien, aparece plena, siendo intuición y concepto, inmediatez para la mediación.

Por eso la situación presente es más compleja de lo que suele pensarse. No se confía a un punto de vista exclusivamente científico y técnico, del todo conceptual y racionalmente abstracto, sino más bien a una viviente espiritualidad que busca en la profundidad del ser los más sustanciales recursos humanos, a una razón plena y vital y que evoca desde remotas fuentes ancestrales motivos de vida genuinos, lances originales, penetrantes intuiciones y hasta vivencias místicas y mágicos recursos. Los valores no son descritos solamente, sino más bien aprehendidos, como tonos originales de una esencial constitución humana; son avanzadas hacia mundos que fueron y continúan siendo nuestros en la secuencia de las generaciones, intentos hacia tiempos que ya se anuncian y perfilan. Para esto no conviene la descolorida formalidad de ecuaciones matemáticas, sino la interpretación valorativa y teológica de un ser profundo al que hay que interrogar para que responda.

Alguno podría decir que tal ser es, él mismo, el Dios nuevo, pero con ello se interpreta en exceso y abusivamente su estatuto. Mejor diremos que en él se enraiza el centro que supera al ser mismo y del que proceden los grupos, las culturas y las civilizaciones con sus infinitos valores. Cada una, de tiempo en tiempo, según las ocasiones, puede también considerarse original y nueva, en la espontaneidad de sus motivos, pero no se sustrae, so pena de una decadencia que es

muerte por agotamiento, al contacto y a la adaptación. Si nos preguntamos luego el significado de tales procesos, ¿no es, quizás, verdad que nos confiamos a la comunicación? ¿No es así que la comunicación se liga profundamente al centro a que nos hemos referido y que, a su vez, precisamente la hace posible? Entonces, si la respuesta es afirmativa, como pensamos, tal centro que da valor a todas las expresiones históricas del ser y que sostiene a todos los grupos, las culturas y las civilizaciones, en su destino histórico, es el hilo de oro que las liga a todas en su afanoso curso.

Felice BATTAGLIA.